

LAS **CRÓNICAS** DEL
VIAJANTE

LA HABITACIÓN IMPOSIBLE



CARLOS VILA SEXTO

Miguel se ha metido en problemas. Otra vez. Ha estafado a la gente equivocada y ahora no tiene más remedio que hacer lo que siempre hace cuando se ve atrapado: huir.

Necesitado de dinero y de un sitio donde esconderse, acepta la propuesta de un misterioso individuo para formar parte de una expedición dedicada a tasar las obras de arte de un extraño lugar conocido como el Pazo de Quiroga.

Siete personas sin conexión aparente entre ellas, encerradas en una mansión que oculta más secretos de los que pueden imaginar y más puertas de las que pueden ver.

Algunas de esas puertas no se abren con facilidad.

Otras no deberían cruzarse nunca.

Para Dani,
*que día tras día me enseña que no hay nada
imposible.*



|

1974

Pocos meses más tarde, segundos antes de morir, María habría de recordar el fuego que crepitaba en la chimenea de la cafetería del Edificio Central. Recordaría el calor de las llamas y el olor de la madera ardiendo. Pero sobre todo recordaría la sensación de calma, de que nada podía ir mal. Daba igual que María nunca hubiera tenido una chimenea en ninguno de los lugares en los que había vivido: una hoguera encendida siempre le transmitía la sensación de estar de vuelta en casa.

–En verano, ¿verdad? Junio o así, ¿no? ¿María?

Ella se volvió hacia su marido sin verlo. Tardó un par de segundos en apreciar los ojos que le miraban a través de los gruesos cristales de sus gafas.

–María...

–¿Sí? Perdonad.

–Estaba diciendo que nos iríamos a principios de verano.

Asintió con la cabeza. Aunque centrada en la conversación, no podía dejar de mirar de reojo la chimenea, junto a la que un grupo de estudiantes tomaba un café, entre risas. Sin comprender por qué tenía de pronto tanta sed,

se llevó la botella de refresco de naranja a los labios y la vació hasta la mitad. Guillermo continuó hablando.

–Mi contrato en la librería acaba a finales de mayo, y María no puede dejar la facultad hasta que los alumnos no entreguen sus trabajos.

–Lo hacen a mediados –apuntó ella. Era consciente de que apenas había participado en la conversación y no quería que la mujer pensara que solo estaba en aquel proyecto por seguir a su marido—. Después aún nos lleva cerca de un mes corregirlos. Eso si el profesor Cuevas no se toma una baja como el curso pasado. Siempre le viene el estrés justo antes de las vacaciones.

Guillermo dio un trago a su café y se inclinó sobre la mesa, apoyando en ella los codos.

–La idea es pasar en la casa dos semanas. Un mes a lo sumo. Ya hemos hablado con el propietario y ha accedido a todo. Espero que no se eche atrás de aquí a junio, pero parece bastante entusiasmado con la idea. Hablaba incluso de acompañarnos.

María vio que la pierna derecha de su marido rebotaba ligeramente en el suelo de manera compulsiva. ¿Cuánto tiempo llevaba haciéndolo? Dejó su mano sobre ella de manera natural, intentando transmitirle tranquilidad. Si querían convencer a aquella mujer, no podían parecer desesperados, aunque lo estuvieran de verdad.

–Su presencia allí sería..., bueno..., sería tan... –Guillermo tomó aire y lo soltó—. Ayudaría mucho a nuestra investigación.

El matrimonio clavó los ojos en la mujer, que en ese momento tenía la vista fija en el amplio ventanal que daba al patio interior del Edificio Central. Una espesa capa de nieve cubría la piedra del suelo y disimulaba la silueta del pozo que se levantaba en el medio. Apenas si había hablado en todo el tiempo que llevaban sentados a la mesa. Se había limitado a asentir tras cada frase de la pareja, sin tan siquiera dar un sorbo a su café.

Habían pasado casi cuatro horas conduciendo por unas carreteras asfaltadas con placas de hielo y castigadas por una insistente ventisca solo para hablar con ella, emocionados ante la idea de que hubiera accedido a verlos. A los dos les había sorprendido la noticia de que la mujer de quien tanto habían oído hablar hubiera decidido cambiar de vida y empezar la carrera de Periodismo con casi cuarenta años.

A María le había puesto nerviosa nada más verla. No tanto por las historias que se decían acerca de ella como por aquella mirada ausente, que desprendía un desinterés absoluto por todo a su alrededor, como si no se encontrase allí en realidad. Sin embargo, en algún momento de la charla, María la había sorprendido mirándola fijamente, con la curiosidad propia del científico que mezcla dos elementos químicos y espera ansioso la reacción posterior.

—¿Sabe usted si vive alguien allí? ¿El dueño, un guardés..., alguien? —La mujer hizo la pregunta sin apartar la vista del pozo. Guillermo y María cruzaron una rápida mirada, sorprendidos por su intervención.

—No, nadie. Lleva abandonada casi doscientos años.

Guillermo se inclinó sobre el maletín de cuero que descansaba junto a los pies de su asiento y del interior sacó varias fotografías en blanco y negro que deslizó sobre la mesa.

—Hasta mediados de siglo, los únicos habitantes de la zona eran los lobos, pero al parecer los cazadores acabaron con ellos a base de trampas y cepos. Es una pena: el lobo es mi animal favorito. Contaba con ver allí alguno de cerca.

María reparó en que la mujer no parecía estar escuchándole, su vista fija en las fotos del exterior de la mansión. Sus manos se desplazaron sobre ellas con delicadeza, pasando de una a otra. Su cabeza se inclinó levemente y entornó la mirada. Todas las fotos habían sido tomadas a mucha distancia del edificio, y solo en una el fotógrafo se

había acercado lo suficiente para encuadrar la fachada principal. Fue al llegar a esta cuando María vio que los dedos de la mujer se recogían en un puño, como si deseara evitar todo contacto con el papel de las fotografías.

Después, echó mano de su taza de café por primera vez. Se la llevó a los labios, pero se detuvo antes de llegar siquiera a rozarla. Se quedó mirando el interior de la taza un par de segundos.

—Por supuesto, no haría falta que usted estuviera en la casa el mismo tiempo que nosotros. —Guillermo también había percibido las reticencias de la mujer y había decidido rebajar sus pretensiones, algo que a María le pareció acertado—. Unos días, tal vez una semana. Con eso sería suficiente, siempre y cuando usted...

—No puedo acompañarlos.

La mujer apartó las fotografías con las yemas de los dedos, sin dedicarles ni medio segundo más. Guillermo parecía desanimado, pero la reacción de María fue muy diferente. No fue la negativa a ayudarlos, sino la convicción con la que había pronunciado aquellas palabras lo que hizo que sintiera un escalofrío recorriendo su espalda.

—¿Por qué..., por qué no?

La mujer levantó la vista y dedicó una tímida sonrisa a la pareja.

—Estoy trabajando para el *Diario de Navarra*. Ahora a media jornada. En verano será a jornada completa. No puedo ausentarme.

—Podemos pagarle —se apresuró a decir Guillermo—. No mucho, es cierto, pero tenemos...

—Lo siento. De veras.

La mujer hablaba con delicadeza pero con determinación. Sin embargo, Guillermo no estaba por la labor de dejarse convencer. Consciente de que los nervios de su marido iban aumentando, María intervino de nuevo.

—Por favor, hemos hecho un viaje muy largo solo para hablar con usted.

—Entonces siento que hayan perdido el tiempo. Deberían haberme llamado antes por teléfono: les habría ahorrado la molestia.

Su tono era amable pero apremiante, como si quisiera estar en otro lugar y se le estuviera echando el tiempo encima. María y su marido intercambiaron una mirada que no ocultaba la decepción que aquello suponía.

—Pero no tenemos a nadie más a quien acudir. Usted es la mejor.

—Esa vida ya no es la mía.

Esta vez sonó algo más contundente. Guillermo, contrariado, empezó a frotarse las piernas, echando la silla para atrás.

—Voy..., voy un momento al servicio.

Arrastró la silla, tal vez con demasiada determinación, y se puso en pie. María lo siguió con la mirada hasta que desapareció por la puerta que daba al pasillo. Cuando se volvió hacia la mujer, se encontró con que los ojos de esta estaban clavados en ella.

—¿De cuánto estás?

María no fue consciente de si abría la boca o no. Ni siquiera lo fue de que su corazón había dejado de latir durante un par de segundos, acongojado por la sorpresa y la tranquilidad con la que la mujer le había hecho la pregunta.

—¿Cómo...?

La mujer se encogió de hombros y enarcó las cejas, como si lo sorprendente no fuera su pregunta, sino el hecho de que María no contara con que se la haría.

—Tres..., tres meses —se oyó decir.

—Él no lo sabe...

María negó con la cabeza y tragó saliva.

—Va a ser un niño fuerte —dijo la mujer.

—¿Niño? ¿Cómo sabe que...?

—Pero debes alejarlo del peligro. No os acerquéis por nada del mundo a esa casa.

El cambio de tema tan repentino sorprendió a María. Tragó saliva, acongojada no solo por las palabras, sino por la profundidad de la mirada de la mujer, que la observaba con desesperación.

–Por favor –insistió, intentando suavizar su advertencia –. Tu marido no me escuchará, pero tú, sí. Hacedlo por vuestro hijo. Manteneos lejos de ella.

María bajó la mirada y comprobó que la mujer había tomado su mano entre las suyas. Y aunque intentaba quitarla de allí, su mano no hacía caso de la orden de su cerebro. Se había quedado paralizada. La puerta de la cafetería se abrió de nuevo y Guillermo llegó hasta la mesa, serio, todavía sin digerir la negativa. Había tardado tan poco que María supo que no había ido al baño tal y como había dicho, sino solo a buscar algo de aire fresco y dar tal vez con alguna clave para intentar convencer a la mujer. Al empezar a recoger las fotografías que había sobre la mesa, María comprendió que no había dado con ninguna.

–No la molestamos más.

–¿Se van ya?

–Son varias horas de vuelta a Santander. Me gustaría llegar antes de la noche.

–Siento no haber podido ser de ayuda.

–No se preocupe. Le agradezco que nos haya recibido. Y si cambia de opinión...

Guillermo sacó una tarjeta de su bolsillo y se la dejó en la mesa frente a ella. La mujer se limitó a mirarla, inclinándose un poco hacia atrás contra el respaldo de su silla, como si la tarjeta fuera a saltarle a la yugular en cualquier momento.

María suspiró aliviada al ver que sus piernas sí respondían a la orden de ponerse en pie y tomó su abrigo. Miró por última vez a la mujer y se despidió con un gesto de cabeza que ella contestó. Antes de salir, se dio cuenta de que el café de la mujer seguía intacto. Ni siquiera lo había probado.



||

Verónica Robledo siguió sentada con la espalda recta y las manos escondidas entre sus piernas bajo la mesa. Miró la taza, llena hasta el borde, pero no de café.

De sangre.

Verónica apartó con delicadeza el plato donde descansaba la taza, alejándolo de ella. El camarero que había empezado a recoger las consumiciones de la pareja con la que había estado hablando se dio cuenta del gesto y señaló el café, gentil.

—¿Se lo retiro?

Ella levantó la vista y le sonrió agradecida.

—Por favor.

El camarero recogió la taza con naturalidad, sin reparar en el líquido denso y rojizo de su interior. Verónica volvió la mirada al frente, hacia el patio nevado.

Tardó varios segundos en advertir que estaba llorando.



CAPÍTULO 1



|

Miguel resopló, contrariado, y chasqueó la lengua. Se echó hacia atrás en su silla, aguantó así un par de segundos y después volvió a inclinarse sobre las monedas desperdigadas encima del mantel de ganchillo de la mesa camilla.

—¿No son buenas?

Adelina le habló en voz baja a su espalda, sin atreverse a entrar del todo en su campo de visión para no entorpecer su trabajo. Miguel movió la cabeza a un lado y a otro, dando a entender que la respuesta no iba a ser del todo satisfactoria.

Forzó la vista para enfocar, pero la poca luz del salón se lo ponía difícil. Las persianas estaban bajadas casi por completo y las cortinas echadas. En la lámpara, una bombilla de cuarenta vatios hacía lo que podía para iluminar toda la estancia. Se preguntó por qué a la gente mayor le gustaba tanto vivir en penumbra.

«Tal vez para no verse en el espejo y descubrir que la vida se les ha escapado sin darse cuenta», pensó.

El marido de la mujer tosió en su sillón. Tenía la vista fija en la tele sin volumen y gesto de estar viendo a través de ella. No había movido un músculo desde que Miguel había entrado en la casa, y la mujer ni siquiera se había to-

mado la molestia de presentárselo en cuanto llegó, ansiosa de mostrarle las monedas de las que le había hablado el día antes por teléfono. Su pequeña colección ya le esperaba extendida sobre la mesa, junto a una bandeja metálica con una reproducción de un cuadro de Goya impreso en ella y en la que la anfitriona había dejado café, té, azúcar, sacarina y un bizcocho relleno con pasas y fruta escarchada que Miguel se vio obligado a probar ante la insistencia de la mujer.

–Pensaba que me iba a encontrar otra cosa, la verdad.

Su comentario aniquiló las ilusiones de la anciana, cuyo rostro se ensombreció.

–¡Pero si son muy antiguas!

–Que sea viejo no significa que tenga valor. –Esperó que la mujer no captara el doble sentido que le había dado sin querer a su frase–. Mire, estas de aquí –separó unas cuantas monedas– podrían valer setenta u ochenta euros.

–¿Eso cuánto es en pesetas? Aún no me aclaro.

–Unas doce mil.

–¿Cada una?

–El lote. Las demás no valen nada. Lo mismo le daría tirarlas a la basura.

–Mi abuelo decía que valían una fortuna.

–Su abuelo era un hombre con un gran sentido del humor, pues. Me temo que no puedo hacer mucho más. –Miró la hora en su teléfono móvil–. Además, tengo que estar dentro de media hora en otra casa, para otra tasación.

Echó para atrás la silla e hizo ademán de levantarse, pero la mujer clavó los dedos en sus hombros y le empujó de nuevo hacia abajo.

–Espérese un momento.

La anciana se alejó hacia la puerta de su habitación arrastrando los pies y desapareció tras ella.

–¡Isabel! –gritó. A los pocos segundos, una chica de unos treinta años vestida de empleada del hogar apareció desde la cocina, cruzó una rápida mirada con Miguel y

desapareció también en la habitación—. Alcánzame esa caja de arriba, ¿quieres?

Miguel aprovechó para dar un trago a su café y observó al hombre, que en lugar de mirar la televisión ahora tenía la vista clavada en él de manera un tanto espeluznante. Miguel desvió los ojos, incómodo, y apuró el café de un trago. Cuando dejó la taza, las zapatillas de la anciana volvieron a arrastrarse hacia él. Llevaba en las manos una cajita de porcelana con ribetes dorados. Tras ella, Isabel se acercó hasta la bandeja del café y la retiró para que la mujer pudiera dejar la caja en su lugar. La abrió con mano temblorosa, dejando ver un montón de collares, pulseras y pendientes que Miguel, de un rápido vistazo, reconoció como bisutería barata.

La anciana levantó el piso superior de la caja y dejó a la vista algunas monedas más.

—Estas no tenía pensado venderlas, pero, total, a mi hijo estas cosas le dan igual.

Miguel las fue separando con la punta del dedo índice sin sacarlas. Movía la cabeza de un lado a otro, sopesando lo que tenía delante, mientras la anciana lo observaba expectante.

—¿A qué se dedica su hijo? —preguntó por cortesía, sin ningún interés en la respuesta.

—A la compraventa. Tiene su propia empresa. ¿Cómo los llaman ahora a esta gente? Emprendedores, eso es. Es un joven emprendedor de esos.

«Muy joven no creo», pensó él, lanzando una mirada de reojo a las arrugas que se le formaban en el cuello a la mujer. Eligió algunas monedas de la caja y las dejó caer en el montón que antes había separado.

—Ciento veinte euros por todo —y aclaró—: veinte mil pesetas.

—¡¿Nada más?! —La anciana no se molestó en disimular su sorpresa.

–Tiene aquí monedas de la época de Alfonso XIII, un par acuñadas durante la Guerra Civil y otras que podrían ser interesantes, pero que están demasiado dañadas. No las podría colocar.

–Ciento veinte euros es muy poco.

Miguel revolvió la bisutería de manera desinteresada, como si pudiera encontrar algo que sumar al lote y, por tanto, poder subir su oferta. Su mano se detuvo al palpar el relieve de una pequeña y oxidada moneda sumergida entre perlas de imitación y oro falso. Le habían hecho un diminuto agujero que atravesaba una tira de cuero viejo para poder llevarla al cuello. Miguel la tomó entre las puntas de sus dedos índice y pulgar, y la levantó hacia la escasísima luz.

–Esa es una medallita que mi abuela solía llevar.

No era mayor que la uña de un pulgar, tenías los bordes desgastados y estaba tan oxidada que apenas se podían apreciar los grabados en las dos caras.

Miguel resopló, desencantado, pero la dejó también en el montón que había apartado.

–Ciento veinticinco.

–Doscientos –se apresuró a proponer la anciana. Miguel enarcó las cejas, sorprendido.

–Ciento treinta.

–Ciento ochenta.

–Adelina, esto es un robo a mano armada. Ciento treinta y cinco.

–Ciento sesenta.

Miguel sonrió, escandalizado.

–Pero, bueno..., le está quitando usted el pan de la boca a mis hijos.

–¿Cuántos tiene?

–Ninguno, pero a este ritmo creo que no los podré tener nunca –ofreció la mejor de sus sonrisas, que las señoras de cierta edad solían apreciar–. Ciento cuarenta y cinco.